

VI

El vice-canciller

La vieja condesa temblaba como una hoja de un árbol al dirigirse á casa del señor de Maupeou.

Sin embargo, ocurriósele en el camino una reflexión capaz de tranquilizarla. Según todas las probabilidades, lo avanzado de la hora no permitiría al señor de Maupeou recibirla, y se contentaría ella con anunciar al suizo su próxima visita.

En efecto, serian como las siete de la tarde, y aunque era aun día, la costumbre de comer á las cuatro, extendida ya entre la nobleza, interrumpia generalmente todo negocio desde la comida hasta el día siguiente.

Madama de Bearn, á pesar de su ardiente deseo de hallar al vice-canciller, quedó muy consolada por la idea de que no le vería. Esa es una de las frecuentes contradicciones del espíritu humano, que se comprenderán siempre, sin poderlas explicar nunca.

Presentóse, pues, la condesa, contando con que el suizo la aventaría, y ya había preparado un escudo para ablandar al cerbero ó interesarle á inscribir su nombre en la lista de las audiencias pedidas.

Al llegar á la entrada del hotel, halló al suizo hablando con un alguacil que parecía darle una orden, y aguardó discretamente por no incomodar con su

presencia á los dos interlocutores; pero, viéndola en su carroza de alquiler, retiróse el alguacil.

Entonces se acercó el suizo al coche, y preguntó el nombre de la solicitante.

— ¡ Oh ! sé, dijo la condesa, que probablemente no tendré el honor de ver á Su Excecencia.

— No importa, señora, respondió el suizo; tened la bondad de decirme cómo os llamáis.

— La condesa de Bearn, respondió ésta.

— Monseñor está en el hotel, replicó el suizo.

— ¿ Qué dice usted ? dijo madama de Bearn con el mayor asombro.

— Digo que monseñor está en su hotel, repitió el suizo.

— Pero sin duda monseñor no recibe.

— Recibirá á la señora condesa.

Apeóse madama de Bearn, sin saber si estaba durmiendo ó despierta. El suizo tiró de un cordón que hizo sonar dos veces una campanilla. Presentóse en la escalera el alguacil, y el suizo hizo seña á la condesa de que podía entrar.

— Señora, ¿ queréis hablar á monseñor ? preguntó el alguacil.

— Es decir, caballero, que deseaba ese favor sin osar esperarlo.

— Tened á bien seguirme, señora condesa.

— ¡ Y tanto mal decían de este magistrado ! pensó la condesa siguiendo al alguacil. Sin embargo, tiene la gran cualidad de ser accesible á todas horas. ¡ Un canceller !... es extraño.

Y sin dejar de marchar, se estremecía á la idea de hallar un hombre tanto más intratable y áspero, cuanto que la asiduidad á los negocios le daba ese privilegio. El señor de Maupeou, sumido bajo una vasta peluca,

y con una casaca de terciopelo negro, estaba trabajando en un gabinete, con las puertas abiertas.

La condesa echó al entrar una rápida ojeada en torno suyo, pero vió con sorpresa que estaba sola, y que ninguna otra cara más que la suya y la del delgado, amarillo y atareado canciller, se reflejaba en los espejos.

El alguacil anunció la señora condesa de Bearn.

El señor de Maupeou se levantó rápido y se halló instantáneamente pegado de espaldas á su chimenea.

Madama de Bearn hizo las tres reverencias de rigor.

El pequeño cumplimiento que siguió á las reverencias, fué algún tanto embarazado. No se prometía ella tanto honor... no creía que un ministro tan ocupado tuviese el valor de escatimar las horas de su descanso....

El señor de Maupeou replicó que el tiempo no era menos precioso para los súbditos de S. M. que para sus ministros, pero que, sin embargo, había que distinguir entre las personas á quienes urgía el tiempo, y que en su virtud daba siempre su mejor resto á los que merecían esas distinciones.

Nuevas reverencias de madama de Bearn, seguidas de un silencio embarazado, porque debían cesar ya los cumplidos y comenzar las peticiones.

El señor de Maupeou aguardaba acariciándose la barba.

— Monseñor, dijo la pleitista, he querido presentarme á V. E., para exponerle muy humildemente un grave negocio del que depende toda mi fortuna.

El señor de Maupeou hizo un ligero movimiento de cabeza, que quería decir:

— Hablad.

— En efecto, monseñor, repuso la condesa, sabréis como mi fortuna, ó más bien la de mi hijo, está inte-

resada en el pleito que sostengo en este momento contra la familia Saluces.

El vice-canciller continuó acariciando la barba.

— Pero vuestra equidad me es tan conocida, monseñor, que aunque conozco el interés, y hasta diría la amistad que V. E. profesa á mi parte contraria, no he vacilado un instante en venir á suplicar á V. E. se digne oirme.

El señor de Maupeou no pudo menos de sonreirse al oír elogiar su equidad; eso se parecía demasiado á las virtudes apostólicas de Dubois, que eran también encomiadas cincuenta años antes.

— Señora condesa, dijo, tenéis razón en decir que soy amigo de los Saluces; pero también la tenéis en creer que, al tomar los sellos, he depuesto toda amistad. Así, pues, os responderé exento de toda preocupación, cual cumple al jefe soberano de la justicia.

— ¡ Oh ! bendito seáis, monseñor ! exclamó la vieja condesa.

— Examino, pues, vuestro litigio como simple jurisconsulto, continuó el canciller.

— Y doy por ello gracias V. E., que tan instruído es en estas materias.

— Vuestro pleito se verá muy luego, á lo que creo.

— Está señalado para la semana próxima, monseñor.

— ¿ Y ahora qué es lo que queréis ?

— Que V. E. examine los autos.

— Los he examinado.

— ¡ Y bien ! preguntó temblando la vieja condesa, ¿ qué pensáis de ellos, monseñor ?

— ¿ De vuestro pleito ?

— Sí.

— Digo que no puede caber la menor duda.

— ¿ Cómo ? ¿ de ganarlo ?

- No, de perderlo.
- ¿ Monseñor dice que perderé el pleito ?
- Indudablemente. Así, os daré un consejo.
- ¿ Qué consejo ? preguntó la condesa concibiendo una última esperanza.
- El de que, si tenéis algún pago que hacer, visto el pleito, y pronunciada la sentencia.....
- ¡ Y bien !
- ¡ Y bien ! el de que tengáis vuestros fondos preparados.
- ¡ Pero, monseñor, de ese modo quedamos arruinados !
- ¡ Diantre ! debéis comprender, señora condesa, que la justicia no puede entrar en consideraciones de esa especie.
- Sin embargo, monseñor, al lado de la justicia está la piedad.
- Esa es precisamente la razón, señora condesa, porque han hecho á la justicia ciega.
- Pero, á pesar de eso, V. E. no me rehusará un consejo.
- Sin duda que no ; pedidlo. ¿ De qué especie lo queréis ?
- ¿ No hay algún medio de entrar en un arreglo, de dar una sentencia más benigna ?
- ¿ No conocéis á ninguno de vuestros jueces ? preguntó el vice-canciller.
- Á ninguno, monseñor.
- ¡ Es sensible ! ; Los señores de Saluces tienen íntimas relaciones con las tres cuartas partes del Parlamento !
- La condesa se estremeció.
- Estad persuadida, continuó el vice-canciller, que eso no tiene nada que ver con el fondo de las cosas,

porque un juez no se deja arrastrar por influencias particulares.

Tan cierto era esto como la equidad del canciller y las famosas virtudes apostólicas de Dubois. La condesa estuvo á punto de desmayarse.

— Pero en fin, continuó el canciller, quedando á salvo la integridad, el juez piensa más en su amigo que en el indiferente ; esto es muy justo cuando es justo, y como será justo que perdáis vuestro pleito, señora, muy bien podrían resultaros consecuencias tan desagradables cuanto posibles.

— Pero es espantoso lo que V. E. me hace el honor de decirme.

— En cuanto á mí, señora, debéis creer que me abstendré ; yo tengo recomendación que hacer á los jueces, y como no fallo yo mismo, puedo hablar.

— ¡ Ay, monseñor ! ; mucho temía yo una cosa !

El vice-presidente fijó sobre la pleitista sus ojillos grises.

— ¡ Que los señores de Saluces, habitando en París, estaban en íntimas relaciones con todos mis jueces ; que los señores de Saluces, en fin, serían omnipotentes !

— Primero, porque les asiste el derecho.

— ¡ Qué cruel es, monseñor, oír esas palabras de la boca de un hombre infalible como V. E. !

— Verdad es que os digo esto, y sin embargo, repuso con fingida bondad el señor de Maupeou, os aseguro que desearia seros útil.

La condesa se conmovió, parecía ver algo de oscuro, si no en las palabras, á lo menos en el pensamiento del vice-canciller, y que si esa oscuridad se disipaba, descubriría alguna cosa favorable.

— Además, continuó el señor de Maupeou, vuestro nombre, que es uno de los más distinguidos de la

Francia, es ya para mí una recomendación muy eficaz.

— Que no me impedirá que pierda el pleito, monseñor.

— ¡Diantre! yo nada puedo.

— ¡Oh, monseñor, monseñor! dijo la condesa meneando la cabeza: ¡cómo van las cosas!

— Parece que queréis decir, señora, replicó sonriendo Maupeou, que allá en nuestros tiempos iban mejor.

— ¡Ay! sí, monseñor, á lo menos así me parece, y recuerdo con placer el tiempo en que, simple abogado del rey en el Parlamento, pronunciabais aquellas hermosas arengas, que yo, joven todavía, iba á aplaudir con entusiasmo. ¡Qué fuego! qué elocuencia! qué virtud! ¡Ay! señor canciller, en aquellos tiempos no había intrigas ni favores; en aquel tiempo hubiera ganado mi pleito.

— Pero teníamos á madama de Phalaris que quería reinar en los momentos en que el regente cerraba los ojos, y á la Souris que se colocaba por todas partes para ver si podía pellizcar alguna cosa.

— ¡Oh! monseñor, madama de Phalaris era una dama tan principal, y la Souris tan buena muchacha....

— Que no podía negárseles nada.

— Ó que no sabían negar nada.

— ¡Ah! señora condesa, dijo el canciller riéndose de una manera que admiró á la vieja pleitista, pues tan franco y natural era el aire que aquél afectaba, no me hagáis hablar mal de mi administración por amor á mi juventud.

— Pero V. E. no puede, sin embargo, impedirme que llore mi fortuna perdida y mi casa para siempre arruinada.

— He ahí lo que no es de nuestro tiempo, condesa; sacrificad á los ídolos del día, sacrificad.

— ¡Ay! monseñor, los ídolos no quieren á los que vienen á adorarlos con las manos vacías.

— ¿Qué sabéis?

— ¿Yo?

— Sí, ¿habéis hecho acaso la prueba?

— ¡Oh! monseñor, sois tan bueno, que me habláis como un amigo.

— ¡Eh! somos de la misma edad, condesa.

— ¡Que no tuviera yo veinte años, monseñor, y que no fueseis vos todavía simple abogado! Defenderiais mi pleito, y no habría Saluces que pudieran conmigo.

— Desgraciadamente no tenemos ya veinte años, señora condesa, dijo el vice-canciller con un suspiro galante, y por consiguiente necesitamos implorar á los que los tienen, puesto que vos misma confesáis que esa es la edad de la influencia... ¡Cómo! ¿no conocéis á nadie en la corte?

— Señores viejos, retirados, que se avergonzarian de su antigua amiga... porque está pobre. Mirad, monseñor, yo tengo entrada franca en Versalles, y si quisiera, iría; pero ¿á qué he de ir? ¡Ay! ¡vuelva yo á entrar en posesión de mis doscientas mil libras, y entonces me buscarán! ¡Haced este milagro, monseñor!

El canciller fingió no oír esta última frase.

— En vuestro lugar, dijo, olvidaría á los viejos como ellos os olvidan, y me dirigiría á los jóvenes, que tratan de reclutar partidarios. ¿Conocéis un poco á Madamas?

— Me han olvidado.

— Y luego nada pueden hacer. ¿Conocéis al Delfín?

— No.

— Y por otra parte, continuó el señor de Maupeou,

está demasiado ocupado de su archiduquesa, que va á llegar, para que pueda pensar en otra cosa; pero veamos entre los favoritos.

— No sé siquiera cómo se llaman.

— ¿El señor de Aiguillon?

— Un chisgarabís de quien se dicen cosas indignas; que se ha ocultado en un molino mientras los demás se batían.....

— ¡Bah! exclamó el canéiller, es preciso no creer nunca más que la mitad de lo que se dice. Busquemos otros.

— Buscad, monseñor, buscad.

— Pero ¿por qué no? Sí... no. Sí tal.....

— Hablad, monseñor, hablad.

— ¿Por qué no os dirigís á la misma condesa?

— ¿Á madama Dubarry? dijo la litiganta, abriendo su abanico.

— Sí, es buena en el fondo.

— ¡De veras!

— Y oficiosa sobre todo.

— Pertenezco á una casa demasiado antigua para gustarle, monseñor.

— Creo que os equivocáis, condesa; lo que ella desea es trabar relaciones con buenas familias.

— ¿Lo creéis así? dijo la vieja condesa vacilando ya en su oposición.

— ¿La conocéis?

— No.

— ¡He ahí el mal! pues tiene mucho influjo.

— ¡Ah! sí tiene mucho influjo, pero jamás la he visto.

— ¿Ni á su hermana Chon?

— No.

— ¿Ni á su hermana Bischit?

— No.

— ¿Ni á su negro Zamora?

— ¿Cómo su negro?

— Sí, su negro es una potencia.

— ¿Ese diablillo horroroso cuyo retrato se vende en el Puente Nuevo y que parece un perro dogo vestido?

— Él mismo.

— ¡Yo conocer á ese negrijo, monseñor! exclamó la condesa ofendida en su dignidad; ¿y cómo queréis que le haya conocido?

— Vamos, veo que no queréis conservar vuestras tierras, condesa.

— ¿Por qué decís eso?

— Porque despreciáis á Zamora.

— Pero ¿qué puede hacer Zamora en todo eso?

— Puede hacer que ganéis vuestro pleito.

— ¡Él, ese mozambique hacer que gane mi pleito! Suplico que me digáis cómo haría eso.

— Diciendo á su ama que tendría gusto en que ganaseis el pleito. Ya sabéis lo que pueden las influencias. Hace todo lo que quiere de su señora, y su señora hace todo lo que ella quiere del rey.

— ¿Conque es Zamora quien gobierna la Francia?

— ¡Hum! exclamó el señor de Maupeou meneando la cabeza. Zamora es muy influyente, y yo preferiría indisponerme más bien con... con la Delfina, por ejemplo, que con él.

— ¡Jesús! exclamó madama de Bearn, ¡si no fuese una persona tan formal como V. E. la que me dice semejantes cosas!...

— ¡Oh! no soy yo solamente quien os diré eso, sino todo el mundo. Preguntad á los duques y pares, si olvidan, cuando van á Marly ó á Luciennes, los confites para la boca, ó las perlas para las orejas de Zamora. Yo, que estoy hablándoos, yo, que soy el

canciller de Francia ó poco menos, ¿ en qué creéis que estaba ocupado cuando habéis llegado? Pues estaba extendiendo para él los despachos de gobernador.

— ¿ De gobernador?

— Sí. El señor de Zamora está nombrado gobernador del castillo de Luciennes.

— ¿ El mismo título con que se premió al conde de Bearn después de veinte años de servicio?

— ¿ Nombrándole gobernador del castillo de Blois? Sí, eso es.

— ¿ Qué degradación, Dios mío! exclamó la vieja condesa; ¿ conque la monarquía está perdida?

— Á lo menos está enferma, condesa, pero de un enfermo que va á morir ya sabéis que se saca lo que se puede.

— Sin duda, sin duda; pero es necesario poder acercarse al enfermo.

— ¿ Sabéis lo que necesitaríais para ser bien recibida por madama Dubarry?

— ¿ Qué?

— Necesitaríais llevar este despacho á su negro.

— ¿ Yo!

— ¡ Magnífica entrada en materia!

— ¿ Lo creéis así, monseñor? dijo la condesa consternada.

— Estoy seguro de ello, pero.....

— Pero... repitió madama de Bearn.

— ¿ Pero no conocéis á ninguna persona que sea amiga suya?

— ¿ Y vos, monseñor?

— ¿ Yo?

— Sí.

— Yo, apurado me vería.

— Vamos, decididamente, dijo la pobre vieja desesperada con tantas alternativas: decididamente no quiere

hacer nada por mí la fortuna. V. E. me recibe como jamás he sido recibida, cuando ni aun esperaba tener el honor de verle, y sin embargo, me falta todavía alguna cosa: no solamente estoy dispuesta á hacer la corte á madama Dubarry, yo, una Bearn, sino que para verla no tengo inconveniente en hacerme la comisionada de ese espantoso negrillo, á quien no habría honrado con un puntapié si le hubiese encontrado en la calle; y he aquí que no puedo llegar siquiera hasta ese pequeño monstruo.

El señor de Maupeou volvió á acariciar su barba y discurría al parecer, cuando el ujier anunció de repente:

— El señor vizconde Juan Dubarry.

Á estas palabras el canciller dió una palmada en señal de asombro, y la condesa cayó sobre un sillón sin pulso y sin aliento.

— ¡ Decid ahora que os abandona la fortuna! exclamó el canciller. ¡ Ah! condesa, condesa, el cielo, por el contrario, combate en vuestro favor.

Volviéndose en seguida hacia el ujier sin dar á la pobre vieja tiempo para recobrase de su estupor, dijo:

— Decidle que entre.

El ujier se retiró, y al cabo de un instante volvió precediendo á nuestro conocido Juan Dubarry, que entró con aire desenvuelto y con el brazo encabestrillado.

VII

El vice-canciller (Continuación)

Después de las salutations de costumbre, y cuando la condesa, indecisa y trémula, iba á levantarse para despedirse, cuando ya el canceller la saludaba con un ligero movimiento de cabeza indicando por esta señal que la audiencia estaba terminada :

— Perdonad, monseñor, dijo el vizconde; perdonad, señora, que venga á molestaros, os suplico que os quedéis... Con el permiso de S. E. no tengo que decirle más que dos palabras.

La condesa volvió á sentarse sin hacerse de rogar; su corazón rebosaba de alegría y palpitaba de impaciencia.

— ¿ Pero tal vez os estorbaré, señor? balbuceó la condesa.

— ¡ Oh! no. Dos palabras solamente tengo que decir á S. E.; me bastan diez minutos de su precioso tiempo, el puramente necesario para exponer mi queja.

— ¿ Queja, decís? preguntó el canceller al señor Dubarry.

— ¡ Asesinado! monseñor: sí, ¡ asesinado! Ya comprendéis; no puedo dejar pasar esta clase de cosas. Que se nos vilipendie, que se nos denigre, á todo eso puede uno sobrevivir: pero que no se nos degüelle, porque entonces nuestra muerte es infalible.

— Explicaos, señor, dijo el canceller aparentando asombro.

— Pronto concluyo... pero, ¡ Dios mío! siento interrumpir la audiencia de esta señora.

— La señora condesa de Bearn, dijo el canceller presentando la vieja dama al vizconde Juan Dubarry.

Éste retrocedió graciosamente para hacer su reverencia; la condesa hizo lo mismo, y ambos se saludaron con tanta ceremonia como hubieran hecho en la corte.

— Cuando acabéis, señor vizconde, dijo ella.

— Señora condesa, no me atrevo á cometer un crimen de lesa galantería.

— Hablad, señor, hablad, mi asunto es solamente relativo á intereses; el vuestro es relativo al honor, y por consiguiente tenéis más prisa que yo.

— Señora, dijo el vizconde, me aprovecharé de vuestra amabilidad.

Y refirió su asunto al canceller, que le escuchó gravemente.

— Necesitaría testigos, dijo el señor de Maupeou después de un momento de silencio.

— ¡ Ah! exclamó Dubarry, reconozco en vos al juez íntegro, que no quiere ceder á otra influencia que á la de la irrecusable verdad. Pues bien, os presentaré testigos....

— Monseñor, dijo la condesa, ya hay uno.

— ¿ Quién? preguntaron á un tiempo el vizconde y el señor de Maupeou.

— ¡ Yo! dijo la condesa.

— ¡ Vos, señora! exclamó el canceller.

— Escuchad, señor, ¿ no ha pasado la ocurrencia en el pueblo de La Chaussée?

— Sí, señora.

— ¿ En la casa de postas?

— Sí.

— Pues bien, yo seré vuestro testigo. He pasado por el sitio del atentado dos horas después de haberse cometido.

— ¿De veras, señora? dijo el canceller.

— ¡Ah! me colmáis de favores, dijo el vizconde.

— Por más señas, prosiguió la condesa, que todo el pueblo estaba refiriendo todavía el suceso.

— Os advierto, señora, dijo el vizconde, que si consentís en servirme en este negocio, es muy probable que los Choiseul hallen medio de haceros arrepentir de vuestra generosidad.

— ¡Ay! exclamó el canceller, y les sería esto tanto más fácil, cuanto que la señora condesa tiene en este momento un pleito de éxito dudoso.

— ¡Monseñor, monseñor, dijo la condesa llevándose las manos á la frente, no hago más que rodar de un abismo en otro!

— Apoyaos un poco en el señor vizconde, dijo el canceller á media voz, y os prestará un brazo sólido.

— Nada más que uno, dijo Dubarry; pero conozco á quien tiene dos buenos y largos, y os los ofrece.

— ¡Ay! señor vizconde, exclamó la vieja, ¿es formal esa oferta?

— ¡Pardiez! servicio por servicio, señora, yo acepto los vuestros; aceptad los míos. ¿Está dicho?

— Sí, los acepto, señor... ¡Oh! es demasiada felicidad.

— Pues bien, señora, ahora mismo voy á visitar á mi hermana; dignaos tomar un asiento en mi coche...

— Sin motivo, sin preparativos. ¡Oh! señor, no me atrevo.

— Tenéis un motivo, señora, dijo el canceller deslizando en la mano de la condesa el despacho de Zamora.

— Señor canceller, exclamó la condesa, sois mi dios

tutelar. Señor vizconde, sois la flor de la nobleza francesa.

— Estoy á vuestra disposición, dijo el vizconde mostrando el camino á la condesa, que partió como un pájaro.

— Gracias por mi hermana, dijo en voz baja Juan al señor de Maupeou; gracias, primo mío. Me parece que he representado bien mi papel.

— Perfectamente, dijo Maupeou; pero no te olvides de contar allá abajo cómo he representado yo el mío. Por lo demás, te advierto que te guardes de la vieja, porque es muy ladina.

En aquel momento se volvió la condesa.

Los dos hombres se encorvaron para hacer una salutación ceremoniosa.

Un coche magnífico, con lacayos de regias libreas, esperaba á la puerta. La condesa se instaló en él henchida de orgullo, Juan hizo una seña, y el coche partió.

Después de salir el rey del cuarto de madama Dubarry, después de un recibimiento corto y sencillo como el rey había anunciado á los cortesanos, la condesa había quedado sola con Chon y su hermano, quien no se había mostrado desde luego, á fin de que no se pudiese averiguar el estado de su herida, que en realidad era demasiado ligera.

El resultado del consejo de familia había sido entonces que la condesa, en lugar de partir para Luciennes, como había dicho al rey que iba á hacer, había marchado para París. La condesa tenía allí en la calle de Valois un pequeño palacio que servía de posada á toda aquella familia errante sin cesar por montes y por valles, cuando los asuntos mandaban ó los placeres retenían.

La condesa se instaló en su palacio, tomó un libro y esperó.

Durante este tiempo el vizconde preparó sus batallas.

La favorita no había tenido valor de atravesar á París sin asomar la cabeza de vez en cuando á la portezuela, porque uno de los instintos de las mujeres lindas es mostrarse al público, pues conocen que son dignas de dejarse ver. La condesa, pues, no tuvo inconveniente en manifestarse, de suerte que no tardó en propagarse la noticia de su llegada á París, y desde las dos de la tarde hasta las seis recibió más de veinte visitas, lo cual fué un beneficio para aquella pobre condesa, que se hubiera muerto de tedio si se hubiera quedado sola, pero, gracias á esta distracción, pasó el tiempo meditando y coqueteando.

Cuando el vizconde pasó por delante de la iglesia de San Eustaquio conduciendo á la condesa de Bearn á casa de su hermana, se podían leer clara y distintamente en el gran cuadrante las siete y media.

La conversación habida en el coche expresó todas las vacilaciones de la condesa en aprovecharse de tan buena fortuna.

Por parte del vizconde se notaba la afectación de cierta dignidad de protectorado, y admiraciones sin número sobre la singular casualidad que proporcionaba á madama de Bearn el conocimiento de madama Dubarry.

Por su parte madama de Bearn no se cansaba de hablar sobre la política y afabilidad del vice-canciller.

Á pesar de estas mentiras recíprocas, los caballos no avanzaban con menos celeridad, y llegaron á la casa de la condesa á las ocho menos algunos minutos.

— Permitidme, señora, dijo el vizconde dejando á madama de Bearn en un salón de recibimiento, per-

mitidme que vaya á anunciar á madama Dubarry el honor que la espera.

— ¡ Oh ! señor, dijo la condesa, no consentiré que se la incomode.

Juan se aproximó á Zamora, que había atisbado por las ventanas del vestíbulo la llegada del vizconde, y le dió una orden en voz baja.

— ¡ Oh ! qué negrito tan hermoso ! exclamó la condesa. ¿ Es de vuestra señora hermana ?

— Sí, señora ; es uno de sus favoritos, dijo el vizconde.

— ¡ Oh ! le felicito por ello.

Casi al mismo tiempo se abrieron las dos hojas de la puerta del salón de recibimiento, y el lacayo introdujo á la condesa de Bearn en el gran salón, donde madama Dubarry daba sus audiencias.

Mientras que la litiganta examinaba suspirando el lujo de aquel delicioso retiro, Juan Dubarry había ido á buscar á su hermana.

— ¿ Es ella ? preguntó la condesa.

— En carne y hueso.

— ¿ No sospecha nada ?

— Absolutamente nada.

— ¿ Y el vice-canciller ?

— Perfectamente. Todo conspira en nuestro favor, querida amiga.

— Entonces, puesto que ella nada sospecha, no permanezcamos más tiempo juntos.

— Tienes razón, pues me merece el concepto de ser una mosca muy fina. ¿ Dónde está Chon ?

— Ya lo sabes, en Versalles.

— Sobre todo, que no se deje ver.

— Se lo he recomendado bastante.

— Entonces podéis entrar, princesa.

Madama Dubarry empujó la puerta del gabinete y entró.

Aquellas dos actrices, animadas del deseo de complacerse una á otra, cumplieron escrupulosamente todas las ceremonias de etiqueta desplegadas en semejantes casos en la época en que pasan los acontecimientos que referimos.

Madama Dubarry fué la primera que tomó la palabra.

— Ya he dado gracias á mi hermano, señora, dijo, por haberme proporcionado el honor de vuestra visita; y ahora os las doy á vos por haberos tomado la molestia de venir á verme.

— Y yo, señora, respondió la litiganta llena de gozo, no sé qué términos emplear para expresaros todo mi agradecimiento por la amable acogida que me dispensáis.

— Señora, exclamó á su vez la condesa haciendo una reverencia respetuosa, es un deber para mí ofrecer mis respetos á una dama tan distinguida como vos, y sólo deseo la ocasión de serviros.

Y hechas las tres reverencias por una y otra parte, la condesa Dubarry indicó un sillón á madama Bearn, y ella ocupó otro.

VIII

El despacho de Zamora

— Señora, dijo la favorita á la condesa, hablad, ya os escucho.

— Permite, hermana mía, dijo Juan, que permanezca de pie, permite que te advierta que esta señora no viene á pretender nada, y que el objeto de su visita es desempeñar una comisión que el señor canciller le ha confiado para ti.

Madama de Bearn dirigió una mirada llena de gratitud á Juan, y presentó á la condesa el despacho firmado por el vice-canciller, en el cual se erigía á Luciennes en palacio real, y se confería á Zamora el título de su gobernador.

— Mucho os agradezco, señora, ese servicio, dijo la condesa después de haber dirigido una rápida ojeada al despacho, y sólo deseo una ocasión de pagaros.....

— ¡ Oh! es cosa muy fácil, señora, exclamó la pleitista con una vivacidad que encantó á los dos hermanos.

— ¿ De qué modo, señora? Decídmelo.

— Puesto que mi nombre, señora, no debe seros desconocido.....

— ¡ Como desconocido! ¡ una Bearn!

— ¡ No habéis oído hablar de un pleito de que depende toda mi fortuna?